

Por culpa de esta ventana

Carmen López Bermal



Capítulo 1

Capítulo 1

Ha amanecido por vigésima tercera vez desde que te fuiste.

Los rayos de sol entran sin miedo por la ventana y rebotan en mi pálido rostro. Y vuelven a salir, porque yo soy incapaz de absorber la luz y eso el Sol lo sabe. Yo sólo sé expulsar y ahuyentar todo lo que me rodea. Como a ti. Aunque los médicos no dejen de decirme que no me culpe por lo sucedido, no puedo, sé que todo fue por mí. Sé que, de no haberme conocido, seguirías con vida.

Esta es la vigésima tercera mañana en la que soy incapaz de sonreír. Pero no porque te hayas ido, sino porque yo me he ido contigo detrás. Porque me he quedado en tierra, estancado, incapaz de seguir hacia delante. Porque llevo viviendo en una eterna pausa desde tu último suspiro en la tierra. Porque te escapaste de entre mis brazos, sin que yo fuera capaz de hacer nada, sin terminar de ser consciente de que agarraba contra mi pecho a todo lo que siempre quise, a todo lo que quiero y a todo lo que ya nunca seré capaz de dejar de querer. Porque te has ido. Y yo me he ido detrás. Pero tú descansas entre las semillas de un girasol, y yo estoy frente a nuestra ventana, mirando a la calle y sin poder ni tal siquiera permitir que el sol penetre en mi piel.

A veces pienso que debo marcharme de esta casa, de esta ciudad, de este país. Que nunca podré volver a ser feliz si te veo en cada calle, en cada cruce, en cada par de ojos que me miran por la calle con compasión. Porque te veo en el río, en la farola de enfrente de nuestro portal, en el bar de tu amigo Pedro, en el triste músico que toca los sábados en la plaza, y en el reflejo de quien me mira en el espejo, que he dejado de ser yo, y ahora no sé quién o qué es. Pero ¿qué gano marchándome? ¿Acaso espero o aspiro a reemplazarte por otro par de ojos, otro par de brazos, otro cálido corazón? ¿Acaso pienso que otra casa, otro barrio, otra ciudad, me darán la libertad? Porque sé que no es así, y que te seguiré viendo en las casas, en las calles, en los transeúntes, y hasta en los bares, aunque no haya entrado jamás en ellos, ni contigo ni sin ti. Aunque nadie en ese lugar me conozca, siempre sentiré que cada persona que me mira está viendo el gran agujero negro que se expande dentro de mí. Que todos son conscientes de la tristeza que me arropa cada noche, de la melancolía que cargo en mi vacía mochila, y de los innumerables miedos que me aprisionan el cuello cada día al despertar. Porque me da miedo esta ventana por la que observo, porque cuando me reflejo en ella, te recuerdo a ti detrás de mí. Y porque me hace ser consciente del cristal que me separa del mundo, y que ya nunca seré capaz de romper. Me voy a quedar lo que me quede de vida como simple espectador, incapaz de traspasar la barrera y reincorporarme en el espectáculo que es vivir.

Porque me da pánico esta taza de café que sostengo entre mis manos, que me hace recordar el frío que siento, aunque sea casi mayo. Porque tiemblo ante el silencio de mi casa y el ruido de la calle, la soledad que siento en mi interior y las risas que no dejan de resonar cada viernes noche. Todo me da miedo. Porque ya no estás tú para protegerme.

No voy a volver a ser libre jamás. El día de tu partida fue el mismo en el que me ingresaron en prisión. Tú, que me habías enseñado a volar sin despegarse de la tierra, a vivir hasta que los pulmones ardían, a besar con el alma, a sentir el corazón desbordándose cada día. Precisamente tú, te tenías que marchar. Y yo me tenía que quedar aquí. Espero no te moleste este pensamiento si es que eres capaz de meterte en mi mente como hacías cuando vivías, pero desearía con todas mis fuerzas que fueras tú la que lidiara con esta ventana, con esta casa, con esta ciudad. Y ser yo el que descansase para siempre bajo tierra, o confundiéndome con el mar, porque espero que hubieras cumplido mi sueño de tirar mis cenizas en la playa donde pasamos aquel primer verano. Espero de corazón que te acuerdes de ella, al igual que de las lágrimas que derramé aquel día de pura felicidad. Me recordaste lo que es un amanecer. Yo, que tanto tiempo viví a oscuras. Me enseñaste a aceptar el sol tras mi gran oscuridad.

Y vuelvo a ella. A brazos que aprisionan, a manos que arañan, a corazones que muerden. Vuelvo a ti, soledad. Y no puedo, por más que quiera, volver a ver el sol como lo hacía, volver a sentir el calor en mi piel como aquel día, volver a saber que soy capaz de volar sin tener alas, sin salir de este cuarto, sin cerrar los ojos o soñar.

Sigo inmóvil ante la ventana. Pero ya está, me digo, es una ventana. No quieras sufrir cada objeto de esta casa como si todos tuvieran la culpa de tu desazón. Una ventana, una mesa, una cama, no son nada. Los recuerdos viven en ti, no en ellas, no entre las paredes, sino dentro de las tuyas. Respira y sigue hacia delante. Aunque la única meta que te haga despertar cada día sea la certeza de saber que queda un día menos para el reencuentro.

Levántate y sigue. Es tu única opción.

Capítulo 2

Capítulo 2

Era un verano cualquiera. Junio comenzaba a asolar, el horrible calor traspasaba las paredes sin piedad, y yo aun era un joven cualquiera. Vivía con mis padres en su pequeño apartamento de Marsella, tenía unos cuantos amigos, igual o peores que yo, y no le tenía miedo a nada. Ni estudiaba ni trabajaba, a pesar de haber cumplido ya los 25, y pareciera que no tenía más aspiraciones en la vida más allá de pasármelo bien. De vez en cuando me encerraba en mi cuarto, diciendo necesitar un poco de calma, y leía sin parar los libros clásicos que tenían mis padres. Aunque todo lo hacía en secreto; algo me impulsaba a guardar esa imagen de duro e insensible que me había creado más allá de la puerta de mi habitación, y fingir que lo máximo que sabía de historia era la fecha de la Revolución. Lo cierto es que, de puertas para afuera era un bala perdida, un fiestero, un alma libre incapaz de sentir, pero de puertas para adentro era inseguro, sensible, y me aterraba hasta la muerte la idea del futuro. Soñaba desde la calma de mi cuarto cerrado con publicar libros, vivir de la poesía, encontrar una musa, y vivir lejos de todo y de todos en una pequeña cabaña, sin necesitar nada, y solo siendo feliz. Pero todos los que me rodeaban esperaban para mí cosas tan distintas, que hasta me había acabado creyendo la rocambolesca versión que habían creado de mí. Y aunque no me gustara, aunque no fuera lo que yo de verdad quería ser, la acepté. Y así fue que me conformé durante muchos años con ser la fuente de risas, de buenos momentos, de experiencias inolvidables, pero nada más. He de decir que jamás me arrepentiré de esos locos años, pero sí que desearía haberme encontrado mucho antes. He sido mucho más feliz en la calma de mi casa vacía que en abarrotadas fiestas llenas de mujeres, alcohol y sustancias dañinas. Me he sentido mucho más libre respirando el aire del mar al alba, que gritando borracho a pleno pulmón sin que me importara nada.

El caso es que aquel era un verano cualquiera. Yo acababa de cumplir los 25, y me creía el rey del mundo. Me pasaba el día en la calle, fumando y riendo con los que decían ser mis amigos, y no pensaba más de dos veces en las acciones que realizaba. Solo cuando me quedaba en silencio, o volvía a casa después de una gran fiesta, y me miraba en el espejo, era cuando veía lo que de verdad era, me quitaba la máscara, y era capaz de ser consciente por fin de la mentira en la que vivía.

Una noche, mis amigos y yo decidimos salir. Una vez más. Por aquel entonces estaba muy de moda en la ciudad un local de ambiente llamado 'El oscuro'. Ahora no entiendo cómo nos gustaba ir a ese antro, que encima tenía ese nombre. Pero era otra época. Llegamos ahí con algo de alcohol ya en nuestros organismos, y al ver la cola para entrar, comenzamos a montar nuestro clásico espectáculo. No nos gustaba la idea

de tener que esperar en la misma cola que el resto de la gente; nos creíamos más que todos ellos. Así fue que, cuando llegamos, comenzamos a gritar como unos desgraciados, a tirar cosas, a reírnos a carcajada limpia, y a molestar a todas las personas que esperaban pacíficamente. Nuestro método consistía en llamar la atención, y por algún motivo, en aquel entonces, de vez en cuando nos funcionaba, y a veces, hasta nos dejaban entrar antes que a nadie solo por no tener que enfrentarse a nosotros. Aquella noche no fue así, y a los pocos minutos de llegar, salió el guarda del sitio, un tío que nos doblaba en altura y triplicaba en cuerpo, con cara de pocos amigos, y poco más y nos echa a patada limpia de allí. Nosotros, incluso en esa tesitura, lo único que hacíamos era reír como burros y gritar cosas absurdas. La gente que continuaba en la cola nos miraba sin disimulo; algunos nos reían las gracias y se apiadaban de nosotros, y otros, aunque todo hay que decirlo; especialmente otras, nos miraban con desprecio y deseaban que nos fuéramos de allí. A mí toda esa gente me daba igual; el alcohol que recorría mis venas era suficiente para que absolutamente todo me diera igual, y no me importaba ni lo más mínimo lo que nadie pensara de mí. Pero aquella noche fue, ciertamente, diferente. Jamás podré olvidarla, aun tantos años después. Una chica joven, no debía pasar los 17 o 18 años en aquel momento, me miraba con un gesto de especial desprecio. Nunca me habían importado ese tipo de miradas, pero por algún extraño motivo, aquella chica hizo que me sintiera tremendamente absurdo y gilipollas. Dejé de reírme, de gritar, y de resistirme a los empujones del guarda para que me fuera de allí, y me paré en seco, mirándola atentamente. Como había dejado de resistirme, no tardé ni dos segundos en caer al suelo por la fuerza bruta de aquel hombre, pero incluso en el suelo, continué mirándola, al igual que ella a mí. Su mirada me produjo algo, aunque no sabría recordar muy bien los sentimientos concretos; no es solo que hayan pasado más de veinte años, es que de esas noches no tengo nitidez alguna por culpa de lo pasados que éramos.

Mis compañeros de juerga y yo huimos despavoridos de aquel sitio, dado que la bestia de hombre que tenían por guarda nos había comenzado a perseguir, en un último intento de que nos fuéramos de ahí y no volviéramos jamás. Volvimos la semana siguiente. Pero eso es posterior. El caso es que ahí estábamos nosotros, una panda de no menos de ocho tíos, haciendo esos por las calles, gritando cosas sin sentido y dando el cante. Nos creíamos los reyes de la ciudad, inmortales e intocables. Pero nada es para siempre; en el transcurso de los siguientes años habrían de morir al menos la mitad de los integrantes de aquella absurda banda a causa de las drogas. Yo me mantuve erguido, pero perdí al que había sido mi mejor amigo de toda la vida. Pero eso también es posterior.

Después de correr por unos minutos, nos paramos en seco, recuperando la respiración, chocándonos los pechos y, en resumen, siendo más simios que personas, y más críos que adultos. Pero mi mente no podía dejar de reproducir los ojos de aquella chica. Se habían quedado clavados en mí. Y

no por su belleza, por su corta edad, o por lo mucho que me gustaban las chicas en aquel momento. No. Aquel desprecio, aquella tristeza, el ligero negar de su cabeza mientras me mirabas, me había hecho sentirme completamente miserable. Me había hecho empezar a cuestionarme por qué vivía como vivía, por qué bebía tanto, por qué no escribía más. Por qué era tan absurda mi existencia. Por qué perdía tanto el tiempo. Y mientras mis amigos reían y reían, bebían y bebían sin parar, me daban puñetazos en el pecho y en el hombro -porque así era como nos demostrábamos aprecio-, yo seguí completamente ausente durante toda la noche, sin poder parar de pensar, sin disfrutar de la noche como solía hacerlo. Y tardé años, y décadas, en volver a pasarlo como lo pasé cuando era más joven. Porque ya no me bastaba lo que me bastaba antes. Porque desde ese preciso momento empecé a necesitar mucho más. Pero eso, como tantas otras cosas, iría después.

A la mañana siguiente me desperté completamente desorientado. Claro, era casi medio día, como siempre. Por aquel entonces no había día en el que me despertase antes de la hora de comer. Mis padres, dos seres de luz llenos de paciencia, me servían cada día un plato de la riquísima comida de mi madre y lo dejaban en la mesa, con toda la cubertería preparada, para que comiera al despertar. No me molestaban, ni gritaban, ni me decían una sola palabra cuando me veían aparecer por el pasillo con cara de zombi. Mi madre, de hecho, solía sonreír aliviada por verme caminar de una pieza, sin moratones ni heridas abiertas. A ese punto habían llegado conmigo. Les había llegado a hacer perder toda la esperanza.

Pero aquel día me pareció diferente. Amanecí más consternado, más consciente de mis aberraciones cometidas. Me pesaba más el cuerpo, me sentía peor conmigo mismo de lo que solía sentirme. Y la razón era que no podía dejar de pensar en aquel par de ojos que me habían mirado de aquella forma tan penetrante la noche anterior, en aquel desprecio intuido, en aquella incomprensible tristeza.

No puedo decir que ese fuera el punto en el que mi vida comenzó a cambiar, porque tardé mucho más tiempo en ser capaz de dejar esa vida a un lado y comenzar a vivir como yo sabía que debía, como me pedía el cuerpo y el alma, como había nacido para vivir. Lo que sí que es cierto es que empecé a practicar esos encierros de melancolía en mi cuarto de manera mucho más asidua; en los meses que continuaron a ese día, escribí mucho más de lo que había escrito desde que había descubierto mi necesidad por la palabra.

Quizá pueda creer la gente que me enamoré perdidamente de la chica, y que eso fue lo que me llevó a cambiar mi vida, pero no es así. No me enamoré de ella jamás. Es más, ni tal siquiera soy consciente de haberla vuelto a ver, y si la viera ahora, no sabría reconocerla, al igual que si en aquel entonces me la hubiera vuelto a encontrar de noche, tampoco sé si

podría haberla reconocido. Quizá nos hemos visto muchas más veces, pero yo soy incapaz de distinguirlo.

Para bien o para mal, lo cierto es que, aun no sabiendo ni el nombre de aquella chica, me fue suficiente el empujón que me dieron sus ojos para comenzar lo que fue y ha sido el cambio más importante en mi vida. Quién sabe si de no haberla visto, habría acabado como el resto de mis amigos; la mitad en ataúdes, la otra mitad aun a día de hoy en los bares.

Pero pareciera que el giro radical de mi vida fue solo gracias a un factor externo, tan superficial, como la mirada de una chica cuya identidad desconozco. No. La culpa de haber comenzado otra forma de vida y de abandonar la que hasta entonces manejaba no es culpa de nadie más que mía. El mérito en ese proceso es mío y solo mío. Porque fui yo quien dio a esos ojos el significado que necesitaba recibir, fui yo quien se plantó y decidió dejar de engañarse a sí mismo. Solo puedo agradecerle a esa chica desconocida el haber sido mi primera musa, el haberme hecho estremecerme en tan solo un segundo, y el haber sido el empujón que necesitaba para asumir mi papel de ser humano.

Capítulo 3

Capítulo 3

No soporto el silencio de esta casa.

No consigo asumir la soledad que invade al que tanto tiempo ha sido mi hogar.

Me siento un día más en esta maldita ventana, y lo único que consigo hacer es esperar. Pero no sé a quién, no sé a qué, no sé por qué. Casi parece que mi mente se ha establecido que si paso mucho tiempo aquí sentado voy a conseguir que, en cierto instante, la puerta se abra, y aparezcas tú de nuevo. Pero no va a suceder.

Tengo que salir de esta casa. Los fantasmas están acabando conmigo.

Odio vestirme. Siempre lo he odiado. Convencionalismos por aquí, por allá. Desearía poder vestir completamente ajeno a las normas. Pero no se puede. No viviendo en plena ciudad. No si quieres continuar siendo una persona 'respetable', como dicen.

He conseguido, a pesar de todo, vestirme y abrir la puerta de la calle. Un estremecimiento ha recorrido mi cuerpo al poner el primer pie en el exterior, como si una fuerza tirara de mí hacia dentro, impidiéndome salir. He pensado en ti. ¿Vives dentro de esta casa y no quieres que te abandone? Qué absurdo soy. Claro que no estás. Y, aunque estuvieras, sé que no me retendrías.

El cálido abril me recibe ya en la calle vacía. Apenas las 6 de la mañana. Debo estar muy loco para estar aquí a estas horas. Pero no puedo dormir, ya no. Así que la calle parece igual de buen lugar que otro cualquiera para ser víctima del inexorable paso del tiempo.

Camino a tientas por calles que durante tantos años han sido el escenario de mi vida. Ahora parecen un decorado ajeno, el triste telón de la función de marionetas que es ahora mi existencia. No recuerdo nada, no sé hacia dónde voy ni por qué se mueven en sincronización mis pies. No entiendo la inercia de caminar, ni tampoco la de vivir. Pero camino.

No sé cómo, pero mis pies han acabado trayéndome al sitio donde te conocí. Me he quedado pasmado en la puerta, mirando al triste interior que ahora está vacío. Tu muerte no solo me ha llevado a mí detrás, también al bar en el que tantos días hemos pasado. Pero no te culpes por ello, no tiene nada que ver contigo. Un dueño empobrecido no es culpa de

nadie, y menos de nosotros, sus únicos y más fieles clientes.

Me he quedado congelado mirando al sitio que solíamos ocupar. Al sitio que ocupabas incluso antes de que te conociera. Casi parece que tu risa resuena por las calles como hacía cada noche de viernes. Casi parece que sigues ahí dentro, pidiendo una ronda más. Pero no. Y yo estoy solo, y congelado, aun en pleno abril. Y casi mayo.

Continúo caminando, y sigo sin saber hacia dónde voy. O he perdido el control sobre mis propias piernas, o esta ciudad no es en la que llevo viviendo toda mi vida. No puede ser la misma. No cuando todo me parece ajeno, distante, desconocido. Esta no puede haber sido mi casa. Quizá es que mi casa es únicamente donde estás tú. Y tú ya no estás aquí.

Voy a volver al interior de las cuatro paredes que tanto me aprisionan, pero de las que ya no puedo escapar. Voy a volver, porque si sigo caminando, no voy a ser capaz de encontrar el camino de vuelta. Voy a volver, porque si sigo dando vueltas por esta ciudad desconocida, se me van a acabar las pocas fuerzas que me quedan, y no sé cómo podría continuar si eso sucediera.

He conseguido volver de nuevo a este bloque de pisos en el que, según los nombres del buzón, residimos tú y yo. ¿Me estás esperando arriba? ¿O me está engañando este absurdo cartel? Ninguna. El único absurdo soy yo.

Ya estoy en casa. Aunque no sé si debería seguir llamando 'casa' a estas cuatro paredes. Al menos, no lo parecen ya.